

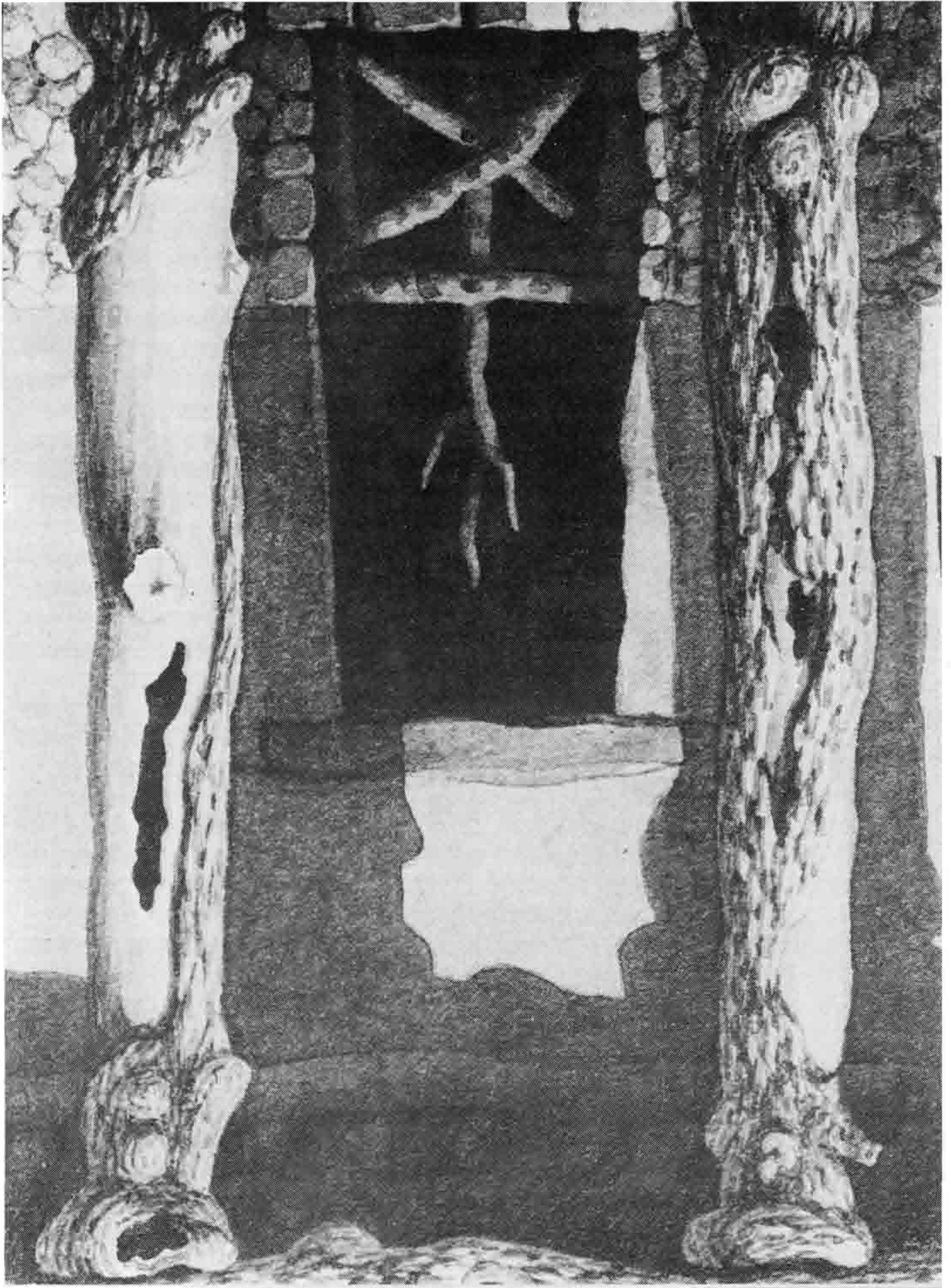
de historia natural, se adivinan, apenas unas calles más abajo, los blancos muros del conjunto de edificios que forman el lincoln center, en cuya mitad se yergue la vertical fachada del metropolitan, cerca ya del carnegie hall, donde oirás sonar el saxo en memoria de charlie parker, muerto hace tantos años y, sin embargo, inolvidado, traído, también, a la presencia viva y entusiasta del gran homenaje retrospectivo y excepcional a pablo picasso, en el museo de arte moderno, tres calles después, en la 53, junto al resplandor de luces y colores que irradian desde broadway, abordado, esta vez, desde el norte, por la séptima avenida, una manzana al este de la octava, entre las calles 55 y 40: ¡Qué oleadas humanas de día y de noche! ¡Qué pasiones, ganancias, pérdidas surcan tus aguas! aposento noctámbulo y bullanguero de rufianes, meretrices, hampones, traficantes, truhanes, polizontes, amasijo de suciedad indescriptible que se amontona día tras día a las puertas de las tiendas del sexo, los prostíbulos, los strip-teases, los hoteles de tres al cuarto, los restaurantes de hamburguesas y patatas fritas, los limpiabotas, los curiosos, los mirones, los tipos mal encarados, los voceadores, girls, girls, los drogadictos, los borrachos, los vagabundos que deambulan por la calle 42, la calle, a cualquier hora del día o de la noche, de la noche, sobre todo, hasta la biblioteca pública, en cuyas adustas salas cambia el pelaje, estudiantes, investigadores, aburridos, lectores, viejos que se recogen allí de la soledad y del frío, paseantes de pasillos, solitarios que matan el tiempo ojeando revistas absurdas y bajan los domingos hasta la calle 34, entre la penn station y el empire state, a seguir mirando, al jolgorio, al trajín, al hervidero, a la gritería, al bullicio que se forma entre la gente que se desplaza hasta allí para comprar en almacenes y comercios, y andar apretujadamente, y quedarse ensimismado ante la maestría y la gracia con que los sinnúmeros estafadores callejeros mueven las tres cartas sobre las cajas de cartón y aprietan, en la mano, los billetes de veinte dólares, la roja, la roja, la roja es la que gana, veinte dólares a la roja, unas veces se gana y otras veces se pierde, siga la roja, siga la roja, puestos en la acera, unos después de otros, todos con sus compinches, hasta los pies mismos del empire state, erecto, aristado, angular, vertical, trepador, estilizado, inmenso, admirable, desde cuyo observatorio se domina perfectamente la calle 14, convertida en zoco chalanero de los mil y un nueva yorkes, en donde todos venden de todo lo mínimo e imprescindible, pero calle, que al oeste, trasluce, todavía, en letreros y carteles que anuncian bares y restaurantes, bar oviedo, restaurante madrid, peluquería el grove, casa moneo, el viejo dolor republicano mutilado y disperso por tantos mundos, españoles del exilio, españa peregrina, olvidados durante tanto tiempo, huérfanos de patria, condenados al amargo sabor de la proscripción, con la mirada siempre puesta en el lejano retorno, algún día: he aquí que asoman las facciones lozanas y claras de la libertad... no creas que te olvidamos madre nuestra; ¿te has rezagado tanto tiempo? ¿se cerrarán otra vez las nubes sobre ti?, españoles ambulantes que encontrasteis refugio en la hospitalidad de esta calle, jóvenes idealistas de entonces, viejos de hoy que contempláis nostálgicos la paulatina extinción de vuestras huellas neoyorquinas, el corredor saluda vuestras huellas inmarcesibles y recuerda con respeto, también, la presencia necrológica del minúsculo cementerio sefardita de la calle 11, centenario aposento de judíos españoles y portugueses, tráfugas, igualmente ellos, de otra lejana emigración, depositados aquí, por los siglos de los siglos, junto a washington square, que ya te rindiera un homenaje henry james, titulando una novela con tu nombre, qué plaza, smoke, smoke, llevando los ojos bien

abiertos para no perderse el espectáculo humano estrafalario, extravagante, excéntrico, estrambótico, original, singularísimo, de tantos tipos que hacen lo que les da la gana, bohemios, locos, vagabundos, exhibicionistas, homosexuales, músicos, magos, lesbianas, participantes, observadores, bailarines, cantantes, equilibristas, futbolistas, pianistas, estudiantes, malabaristas, ajedrecistas, lumpen del impar mundo de washington square, marginados de la vorágine productivista, evadidos de la seguridad, jugadores de la vida, no de la fortuna, rebeldes de la gran ciudad que se exhiben cándidamente para tener ellos también su oportunidad de ser protagonistas junto a los solitarios solos de nueva york, que vienen hasta aquí y se pasean por la sexta avenida, entre carmine y la 14, y se van después hacia el bowery, y aparecen durmiendo en cualquier esquina, sobre los respiraderos del metro, recogiendo en sus cuerpos el tibio aire subterráneo, cubiertos de roña inmemorial, andrajosamente ataviados, pobres locos condenados, apartados de todo, qué tipos tan cojonudos: porque es verdad que la gente quiere echar las palomas a las alcantarillas y yo sé lo que esperan los que por la calle nos oprimen de pronto las yemas de los dedos, hoy que hace un buen día y se ha montado un jolgorio inverosímil, casi ensordecedor, musical, y todo el mundo se contonea contagiado por el espíritu colectivo de bacanal improvisada, y la chica de los patines para silbando, rozando, aireando los larguísimos muslos, tersos, curtidos, insinuantes, preciosos, y da vueltas y vueltas alrededor del mago, los magos que hacen juegos malabares sorprendentes, y la gente que los mira entusiasmada, un día y otro día, oliendo ácidamente, nice marijuana, good cocaine, del sórdido mundo de los traficantes, tan abundantes, tan prestos a proveer a quien lo solicite, tan fuera de la ley pero tan protegidos por la policía permanentemente junto a ellos, tan al margen, pero tan integrados, tan reproductores de la usual escala de valores, mejor vestidos y peor vestidos, jefecillos y peones, supervisores y vendedores, reyes y súbditos, juntos, protegiéndose, poniendo la bolsita en manos del niño, niño, qué te habrán hecho, que desliza un billete a cambio y desaparece por laguardia place con la calle bleecker, en la recoleta placita, silenciosa, reverente, sencilla, donde hunde sus raíces hormigonadas el busto de silvette, la mirada serena, el rostro multiforme y amoroso, el gesto tranquilo, armonioso, afectivo, ahí ya para siempre, mirando a los hombres de nueva york, amando a los desconocidos que recorren sus líneas y girar pausadamente en torno a ella, abriendo generosamente las puertas del greenwich village, por cuyas calles cabalga apurando el ritmo de los pulmones, según se acerca la meta en este barrio próximo y familiar, cosmopolita y, sin embargo, algo pueblerino, también, e íntimo, vecinos, paseantes y curiosos, artistas y liberales, arriba y abajo, por la calle 12 y por la 4, hasta abingdon square, para continuar desde allí hasta la onceava avenida, cruzando la calle 13, la calle greenwich y las callecitas alledañas donde se encuentran los grandes almacenes frigoríficos de carne que diariamente llega hasta allí para ser distribuida luego por todo nueva york, y seguir entonces por el paso elevado que bordea esta zona sur-oeste de manhattan, hasta battery park, felizmente cerrado al tráfico viario, y convertido en lugar de esparcimiento solitario, pista de atletismo improvisada, parapeto privilegiado desde el que se sigue el curso final del río y se observa, una vez más, el conjunto fundido de urbanismo y naturaleza, los retos de la arquitectura, la vitalidad de las gentes, la fuerza de la vida, la sonrisa amable de la chica hermosa que pasa veloz y jadeante enfundada en un chándal; desde aquí, en esta autopista elevada y abandonada, a la altura de la calle

west con el muelle 25, city of new york, department of docks, 1936, viendo la bahía, ahora que todavía no han obstruido el panorama con un nuevo rascacielos que, pronto, seguramente, cerrará el espacio formando una triada con lo que aún son torres gemelas, viendo las gabarras nuevamente subir por el hudson, y al fondo, el trazado lejano del puente de verrazano, majestuoso, abrazando la tierra desde donde se te mira hacia adentro contemplando tu panza quebrada de inmensa actividad en cuyas entrañas escondes el misterio, nueva york, gran ciudad, vista, ahora, hacia afuera, retornando a la imagen inmediata, la bahía, los barcos anclados en lontananza, los ferrys cruzándose suavemente: de aquí a cincuenta años otros los verán al cruzar el río, a la luz del sol que acaba de salir, dentro de cien años o de muchos centenares de años, otros los verán, gozarán del ocaso, de la invasión del mar con la marea y de la retirada del mar, hoy que está el cielo limpio y las aguas tranquilas, y no se ve la blanca capa de hielo cubriéndote completamente como te cubre en invierno, formando una pista nívica, gélida y cristalizada a todo lo largo del río entre manhattan y nueva jersey, ni exhalan su gemido alertador las señales de alarma del puerto en los días de niebla cerrada que ocultan la oscura belleza de tus aguas y la altura inmensa de tu perfil, te miro sin descanso desde este punto a cien mil kilómetros de la memoria, para descubrir, otra vez, la estática silueta de las tres islas mínimas esparcidas entre las aguas, y enfrente, en la otra orilla, la larguísima línea que empieza en hoboken, pasando por jersey city y los muelles derruidos, y las fábricas, y los almacenes abandonados, y los tinglados semihundidos con sus gargantas opacas, más lejos todavía, los tentáculos grisáceos del puente de bayonne alzándose orgullosos entre las últimas grúas portuarias que recortan el paisaje del que se vuelve a ti, washington square, a través del ventanal de la gran sala de lectura que te observa atentamente, ciudad de tantas cosas que han de ser vistas desde más allá de la piel: porque yo no soy un hombre, ni un poeta, ni una hoja, pero sí un pulso herido que sonda las cosas del otro lado, donde está la chica rubia, el pelo recogido, los pantalones ajustados, los zapatos de tacón, los labios enrojecidos de fresco carmín, el libro en las manos, el suéter blanco, el pecho ondulante cruzado por un I love N. Y., y la miras, y miras una vez más hacia afuera hoy, la plaza solitaria, cubierta de hielo, azotada por las ráfagas de viento helado que sacuden tus esquinas, atravesada fugazmente por desconocidos viandantes en espera de que vuelva el buen tiempo, la lenta y morosa primavera que hará florecer tus árboles; aparecerán nuevamente tus pobladores, los vagabundos, el pianista, los magos, el cantante, las mujeres que patinan, la transpiración colectiva, y serás, otra vez, recinto insólito de lúdica existencia, corazón dislocado de tu enormidad, ciudad abierta y de todos.

LUIS SAAVEDRA
Fernán Núñez, 15
MADRID, 16.

Nota: el autor agradece la colaboración en este relato de Walt Whitman y Federico García Lorca, poetas de Nueva York.



Jean Jacques Lequeu (1757-1825): Ermita (Dibujo acuarelado).